

culturas

Vestidos por piel humana

Tras el tabú de la bibliopegia antropodérmica

CARLOS DÍAZ REDONDO | @carlosdiazred

Quizá por una cuestión de mimetismo, siempre se ha creído que la práctica de encuadernar libros con piel humana responde a otra de las tantas conductas horrendas cometidas al amor del régimen nazi de Adolf Hitler. Pero nada más lejos de la verdad. Ahora, una reciente investigación nos lleva a profundizar en una oscura realidad que tiene siglos de antigüedad





A pesar de la rimbombancia de su nombre y de lo moralmente reprochable que pueda resultarnos su cometido, la bibliopodia antropodérmica consiste en algo tan llano y sencillo como encuadernar un libro valiéndose de una piel humana previamente curtida. Si bien se desconoce cuándo y dónde comenzó a practicarse, es factible pensar que se trata de una tradición propia de las sociedades medievales más primitivas y que, por lo sagrado del hombre y su cuerpo, hay que entenderla en un contexto de ritual y simbología. En cualquier caso, sí sabemos que esta costumbre, que fue heredada *sotto voce* por las siguientes generaciones, vivió su momento de esplendor entre los siglos XVII y XIX y se consideró hasta cierto punto común y aceptada, especialmente en Francia e Inglaterra.

¿Pero qué podría llevar a un encuadernador de enton-

ces a cometer un acto de semejantes características? Pues como en todo mercado, la cuestión giraba en torno a la demanda popular, movida en este caso por razones de lo más variopintas que, observadas con los ojos de hoy, apuntan a significados ciertamente muy concretos.

Así, por ejemplo, una de las razones más frecuentes fue la de materializar en el libro el castigo o, si lo prefieren, una especie de curiosa redención. Es el caso de los procesos judiciales encuadernados con el pellejo del reo que había sido condenado a muerte o las crónicas populares que narraban sus hechos delictivos al vulgo. Una muestra de esta tipología se custodia en el Museo Bury Saint Edmunds, en Inglaterra, en un volumen que narra el crimen de un hombre, William Corder, que asesinó a su amante en 1827. ¿El revesti-

miento del libro? Al parecer, su propia piel.

Otra razón, como no podía ser de otra forma, fue la revancha o el desagravio. Así por ejemplo, se cree que durante la Revolución Francesa, se utilizó la piel de los nobles guillotina- dos para encuadernar ejemplares de la recién publicada Constitución. ¿Se imaginan una conversación con su librero de confianza? Yo sí. «¿Qué le pongo, señor? ¡Ah! ¿Una carta magna? Excelente elección. ¿Y la prefiere de María Antonieta o de Madame Dubarry?»

Pero tranquilos, que no todo está revestido de esca- rmiento y moralina. Primó también lo que podríamos denominar una emocionalidad insana. Existen numerosos legajos testamentarios que, a modo de recuerdo, se cree que están cubiertos por la piel del testador. Y en esta grotesca manera de recordar destaca sobremane- ra





el siguiente ejemplo. Según informaba hace un par de años la biblioteca de Derecho de la Universidad de Harvard, habían descubierto entre sus fondos un particular tomo titulado "Practicarum Quaestionum Circa Leges Regias Hispaniae", que no era más que un compendio de leyes españolas. ¿La significación que le convertía en noticia? Nada más y nada menos que una macabra nota manuscrita en la última página que dice textualmente: "La cubierta de este libro es un recuerdo de mi querido amigo Jonas Wright, que fue desollado vivo por la tribu Wavuma el 4 de agosto de 1632. El rey Btesa me entregó este libro, el cual era una de las posesiones más importantes de Jonas, junto con una buena porción de su piel para encuadernarlo. Descanse en paz".

La práctica de encuadernar libros con piel humana respondió también a una cierta pasión bibliófila que despertó a mitad del siglo XIX. Se sospecha que ciertos médicos aficionados a coleccionar libros curiosos mandaban encuadernar sus tratados de anatomía con la piel del cadáver que les había servido de modelo.

En fin, a pesar de tantos ejemplos que podríamos poner, lo cierto es que esta práctica ha caminado siempre entre la verdad y la leyenda. Durante siglos, creer en esta costumbre suponía un acto de fe ya que la piel humana es prácticamente imposible de diferenciar por su aspecto, grano o textura de la piel de cualquier otro mamífero. Solamente un análisis de ADN podía certificarlo.

Y es aquí es donde entra "Dark Archives", una monografía publicada recientemente por Megan Rosenbloom que hará las delicias de todo lector morboso. Rosenbloom, que es bibliotecaria especializada en libro antiguo de la Universidad de California (Los Ángeles), cuenta además con una especialidad en Historia de la Medicina que le ha permitido observar la bibliopegia antropodérmica desde un punto de vista histórico pero rigurosamente científico. La obra recoge decenas de casos que destripan todo tipo de cuestiones relacionadas con el consentimiento del difunto sobre su propio cadáver. Y, obviamente, entre ellas, no podían faltar las historias de aquellos que, queriéndolo o no, terminaron convertidos en libro. ■

